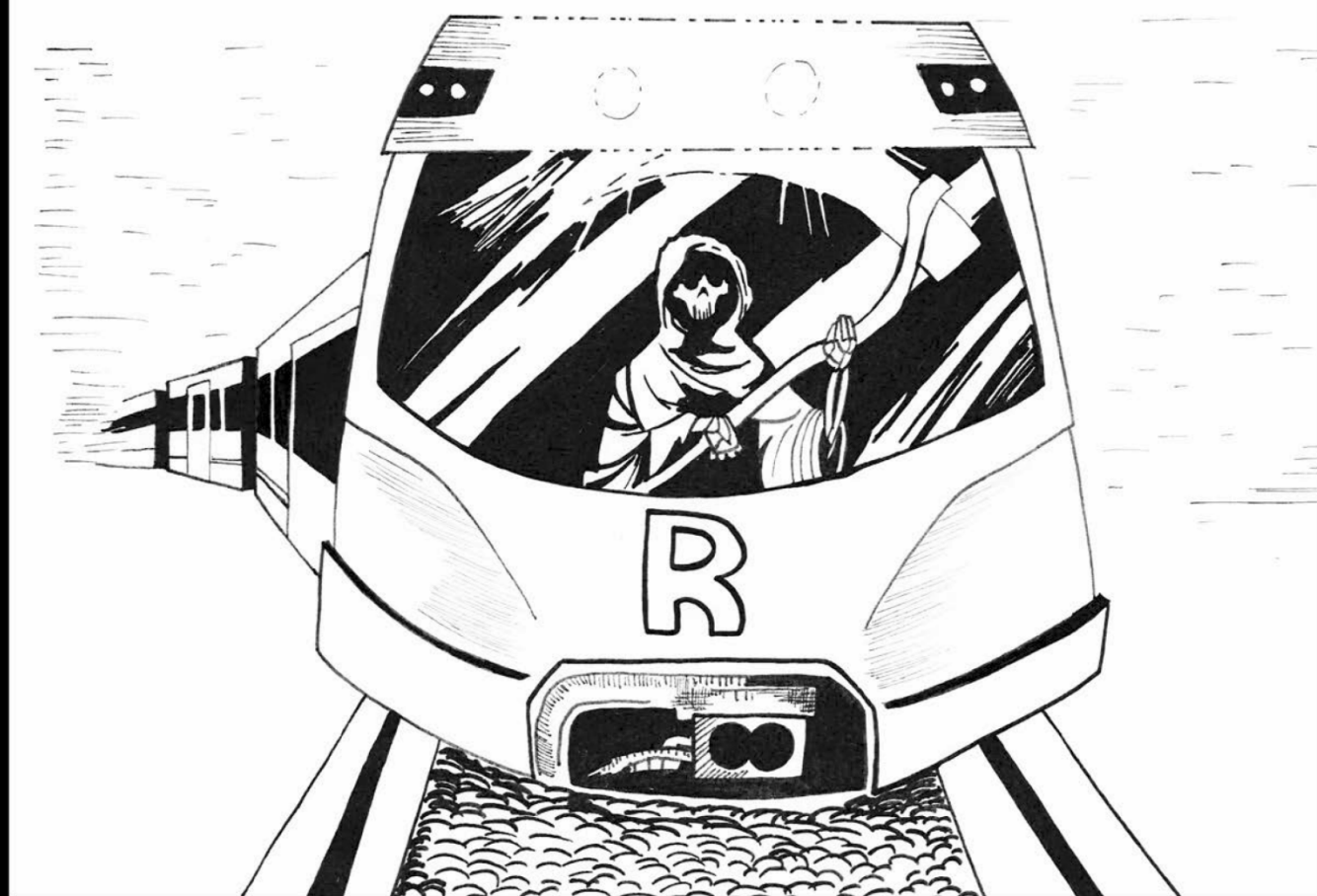


Autor: Abilio Ayuso

EL TREN

Ilustrador Alejandro Ortigosa Quevedo



En ocasiones, la realidad y la propia imaginación se entremezclan de tal forma que es difícil saber donde comienza y acaba cada una de ellas. Los personajes y entidades que aparecen en este relato son fruto únicamente de la imaginación del autor, por tanto, cualquier parecido con otros reales es mera coincidencia.

+12

Mi vida está bien estructurada, me levanto a las seis de la mañana con tiempo sobrado para llegar a la estación y tomar el tren de las ocho, no sin antes haber saboreado un delicioso café en el bar mientras espero su llegada.

Sin embargo aquel día era un verdadero incordio, para poder realizar una gestión en Barcelona y llegar puntual a mi trabajo debería tomar el tren de las seis.

Primer fastidio, salir de casa por la noche en lugar de hacerlo con el sol naciente, luego llegar a la estación envuelto en una espesa niebla para comprobar con disgusto que su bar está cerrado, lo cual es lógico, no iban a tener el establecimiento abierto por si algún iluminado tiene la ocurrencia de ir de madrugada.

Me siento en un frío y húmedo banco y al cabo de un instante aparece el tren como surgido de la nada, imagino que la niebla debe haber amortiguado el ruido porque no le he oído llegar.

Segundo fastidio, siempre tomo la última puerta del segundo convoy, pero en esta ocasión hay un sólo convoy en lugar de dos, así que el final va a parar cien metros más lejos de donde yo espero y me toca correr mientras maldigo mi torpeza ya que es lógico que a esas horas, sin apenas viajeros utilicen un tren corto. Doble torpeza porque acabo de recordar que hoy descenderé en una parada diferente a la de siempre y la salida será por la parte delantera en lugar de la trasera.

Acierto a subir cuando ya se oye el aviso del cierre de puertas, me detengo un instante para reponerme de la carrera y me dispongo a circular por el interior de los vagones para llegar a la parte delantera y estar situado convenientemente a la llegada.

Comienzo a transitar pacientemente cuando una voz apagada me detiene diciendo: “Hola Arturo, ¿te acuerdas de mí?”.

Me vuelvo para ver que mi interlocutor es un viejo arrugado con más años que Matusalén y le contesto: “Pues la verdad es que no”.

“Si hombre, soy Serrante, trabajamos juntos en la fábrica de modas Wintos”.

El recuerdo vuelve a mi cabeza como un cubo de agua fría y con una sonrisa sardónica le digo: “Ya recuerdo... Serrante, el viejo dinosaurio”.

“Hombre, no tienes que insultarme porque sea viejo, si Dios quiere tu también llegarás a mi edad”.

“No te equivoques lo de dinosaurio lo digo por la época en que tenías cuarenta años”.

“¿Que tenía entonces de dinosaurio?”.

“Todo: Beatorro meapilas, retrógrado, pretencioso y carca hasta la saciedad, siempre juzgando a los demás en lugar de a tí mismo, ha pasado medio siglo y aún recuerdo el día en que me llamaste a tu despacho para preguntarme si me masturbaba, ¿Tu crees que es normal poner a un niño de quince años en semejante compromiso?. Lo mismo que cuando al cumplir dieciocho años que me sueltas que dejarme barba es una falta de educación y de respeto, ¿O es que no llevaba barba tu abuelo?”.

“Yo miraba por el buen funcionamiento de la empresa”.

“¿Buen funcionamiento?!... si fuiste tu quien la hundiste, junto con los que te pusieron en tu cargo, ¿Piensas que puede ser director comercial de una fábrica de modas alguien que opina que los jóvenes son imbéciles y que si se les ofrecen diseños absolutamente ridículos los comprarán?”.

“No todo fue fracaso, al principio tuvimos mucho éxito”.

“Si, claro, mientras copiabais los modelos clásicos de Francia, en cuanto os dejaron de la manita... a la ruina, tus creaciones no las querían ni para trapos de cocina y dejaste a cuatrocientas personas en la calle”.

“No fue sólo mi culpa, el mercado español era difícil”.

“Te recuerdo que los que llegaron detrás vuestro a ese mercado pero con más imaginación y buen criterio están nadando en oro”.

“No esperaba que después de cincuenta años aún me guardaras rencor”.

“No veo porque, que yo recuerde no has hecho posteriormente nada que te redima, y ahora tengo que seguir mi camino, no puedo decir que me ha encantado volverte a ver porque sería mentira”.

No hube avanzado más que un par de filas de asientos cuando otro individuo igual de viejo que el anterior pero más feo me dijo: “Vaya bronca que le has echado al Serrante”.

“¿Se supone que nos conocemos?”.

“Soy Fortes, y trabajaba allí mismo como director administrativo, ¿también tienes cosas que echarme en cara?”.

“Vaya, vaya... Fortes, la verdad es que tu ejemplo me ayudó mucho cuando tuve que dirigir departamentos de administración”.

“Hombre, me alegro se que mis cualidades te sirvieran de modelo”.

“No te envalentones, te tomé como modelo negativo, es decir, de todo aquello que un jefe nunca debe hacer, aún te recuerdo como fumador compulsivo apestando toda la oficina, tu voz de serrucho y tu semblante eternamente malhumorado, nunca reconocías un mérito, siempre buscabas el mínimo fallo para restregárselo al que lo comecía”.

“Eso es porque buscaba la excelencia en el trabajo”.

“Pues conseguías el efecto contrario, eras el mayor desmotivador que he conocido, recuerdo que con el horario intensivo nuestra hora de salir eran las tres de la tarde, momento en el cual los jóvenes teníamos hambre, pero tu lanzabas una mirada de basilisco a los que se atrevían a marchar en ese instante, e incluso te atrevías a preguntar con tu voz de sapo afónico: ¿Ya está todo el trabajo terminado?. Como tu eras un engendro sin vida social ni familiar ¿Donde ibas a estar más cómodo que haciendo de rey del mambo y jodiendo al personal”.

“Yo debía velar por la empresa”.

“Claro, estafando a los empleados, porque como a cada uno le asignabas más tarea de la que se podía hacer en ocho horas la gente se tenía que quedar por huevos para que no les cayera bronca, el típico timo de: Esta faena es tu responsabilidad y tienes que completarla, a lo que yo contestaba entre dientes: Claro so cabrón y si me das a mí toda la tarea de la empresa ¿Que debo hacer quedarme aquí veinticuatro horas diarias los trescientos sesenta y cinco días del año?”.

“Eso os curtía y os hacía ser mejores”.

“Eso nos hacía odiarte a tí y de paso a la empresa que representabas y creaba una quinta columna entre el personal, si alguien detectaba algún fallo que podía perjudicar a la compañía pero no le podía ser imputado callaba como un puta pensando: Que se jodan”.

“Hombre, algo aprenderías, porque tengo entendido que luego te fue bien”.

“Pero no gracias a tí, porque recuerdo que a los auxiliares nos encomendabas trozos de tareas rutinarias concretas pero sin explicarnos el como ni el porqué, no fuera que supiéramos demasiado, cosa que yo he aplicado al contrario con mis subordinados tratando de que comprendieran el conjunto de las operaciones, su principio y su finalidad”.

“Ya veo que a mí también me guardas rencor”.

“Para una muestra de lo cerdo que eras te recordaré que una vez que teníamos inspección fiscal me pediste que me quedara a trabajar toda la tarde y toda la noche, empal-

mando con la siguiente jornada, es decir, dieciséis horas extras sin cobrar. A las doce del mediodía del día siguiente la tarea estaba finalizada y te dije: Bueno esto ya está acabado, me marcho a dormir a casa y no se te ocurre más que decirme con tu voz rasposa: Hombre es que si lo que ganamos por la noche lo perdemos por la mañana...”.

“Tal vez me extralimité un poco”.

“¿Un poco...?, pensé: Hijoputa cabrón, después de estar toda una tarde y noche trabajando sin cobrar ¿Me niegas salir tres horas antes?, pero me tragué mi rabia y contesté: No hay problema, ya me quedo, por supuesto sólo hice ver que trabajaba archivando y desarchivando lo hecho para que no resultara ni un minuto productivo para la empresa y a partir de entonces procuré fastidiar a la compañía todo lo que pude mientras no se me pudiera achacar a mí”.

“La verdad es que no se que decirte”.

“Pues yo sí, hasta nunca, y ves con el demonio porque no mereces ir con Dios”.

Que satisfecho me había quedado vomitándoles mi rabia a mis jefes de juventud, seguramente llevaba cara de satisfacción porque cuatro pasos después una rubia oxigenada me dirigió una sonrisa de anuncio de pasta dentífrica mientras me decía: “Que contento vas de buena mañana Jonhy”.

¿Jonhy?, recuerdo que había sido mi sobrenombre de joven pero hacía más de cuarenta años que nadie me llamaba así, la miré tratando de adivinar de que me conocía, setentona gorda como un hipopótamo, cara hinchada, papada, michelines sobre michelines, muestrario de celulitis y varices y un gusto horrendo para vestir intentando la imposibilidad de ser sexy que hacía resaltar aún más todos sus defectos, me quedé un rato en suspenso hasta que me dijo: “Soy Laura, ¿No recuerdas que fuimos novios?”.

“Si, ahora lo recuerdo, aunque lo de novios es relativo, fuiste mi primer ligue y como eras más mayor y cien veces más zorra que yo jugaste con mis sentimientos de adolescente como el gato con el ratón”.

Me guiñó un ojo y me contestó: “Tal vez si que fui un poco mala, pero nunca es tarde si la dicha es buena, te lo puedo compensar, ¿no te gustaría renovar un amor de juventud?”.

“Cuando puedas escucha un tango que habla de un gallo desplumado, ¿Cuanto tiempo hace que no te miras a un espejo?, no tendría una relación contigo ni por un millón de euros, y no porque seas vieja, hay viejecitas encantadoras pero tú has envejecido mal y tu espíritu sucio y vulgar ha aflorado en tu físico. Por otro lado, a mis sesenta y

cinco años tengo una preciosa mujer de cincuenta a la que su bondad se refleja en su cara, es lista guapa y buena”.

Esbozó un proyecto de sollozo que amenazó con correr los kilos de pintura de su rostro, para acabar diciendo con un mohín que la hacía resultar aún más fea: “Aunque todo fuera verdad podías mostrarte más educado y no ser tan cruel conmigo”.

“¿Porque no tengo que ser cruel contigo, que no lo fuiste tu conmigo?, pues toma de tu propia medicina y me alegro mucho de que nos hayamos encontrado para poderte devolver la pelota, así que... Hasta nunca”.

Pasé al siguiente vagón reflexionando sobre lo caprichoso del destino que había reunido aquellos tres esperpentos para darme la oportunidad de ajustar cuentas antes de que murieran, sería la ley del karma, pero aún no se habían acabado las sorpresas ya que el hombre al que me acercaba de frente me saludó en tono jovial diciéndome “Hey amigo”.

A este si que le reconocí, era de mi edad y aunque casi medio siglo pesa, su extraña fisonomía de guaperas barato se apreciaba bajo el cúmulo de arrugas, aunque no era santo de mi devoción en este caso sentía una gran curiosidad, así que me senté frente suyo con una media sonrisa y le pregunté educadamente: “¿Que tal Ariel, como te va la vida?”.

“Bueno... hace tanto que no nos vemos, que no se por donde empezar”.

“Por el principio por supuesto”.

“Vale, pues poco después de que dejáramos de vernos se torcieron las cosas, fui tan tonto que le pegué un polvo a una tía que venía de cuidar cabras y la dejé preñada, en aquel tiempo no había grandes soluciones, así que me casé, tenía que haber visto su familia, como los Monster pero en paleta, y encima soy tan gilipollas que un año después, una noche que volvía medio trompa a casa le hago otro crío, aquello lastró mi vida, no pude acabar ningún estudio, tuve que trabajar de cualquier cosa para mantener aquella tribu, porque el dinero se esfumaba como agua en un cesto hasta que al final me enteré de que les mandaba todo lo que podía a su familia del pueblo”.

“Una buena hija, por supuesto”.

“Una mala puta, sin ninguna inteligencia pero con mucha zorrería, así que me cabreeé y me divorcié”.

“Al fin te viste libre”.

“Eso es lo que tu te crees, ella había conseguido pruebas de alguno de mis rolletes y me acusó de todo, se quedó con el piso, el coche y tuve que pagar una pensión para

ella y para los críos, durante un montón de años me estuvieron sangrando, en cuanto no podía pagar... órdenes de embargo, con lo cual no podía tener nada ni montar nada a mi nombre porque todo me lo quitaban, luego me enrollé con otra tía y pude poner cosas a su nombre”.

“Con eso ya te reharías”.

“De momento si, porque era una chavala lista, pero tanto que al final se largó con otro tío más joven y con más pasta que yo, pero eso sí, quedándose todo lo que tenía puesto a su nombre, así que me dejó pelado como una rata”.

“Vaya por Dios”.

“Pero sólo estamos hablando de mí, ¿y tu que tal?, desapareciste de repente y ya no te volví a ver”.

“Claro que desaparecí de repente de tu vida, cuando un mal día, mi buen amigo Ariel, como yo había bebido más de la cuenta aprovechó para hacerse el chuleta conmigo provocando una pelea en que pudo romperme la cara con facilidad”.

“Bueno eso son cosas de jóvenes, no tuvo tanta importancia”.

“Si la tuvo, porque contigo inicié un experimento”.

“¿De que clase?”.

“Me concentraba día y noche deseando que tu vida fuera un desastre, por eso tenía curiosidad por saber como te habían ido las cosas”.

“No seas chorras, si me fue mal será porque yo era un imbécil y no por tus vudúes”.

“Podría resultar una mera coincidencia, de no ser porque a partir de entonces todo el que se ha cruzado en mi camino y me ha puteado o siquiera lo ha intentado se le ha jodido la vida de mala manera y tantas casualidades no pueden ser, sólo me quedaba por confirmar lo tuyo”.

“Joder, una mierda de vida por cuatro guantazos, no es justo”.

“Una mierda de vida por traicionar una amistad de diez años solo para poder chulear un poco, visto así la cosa cambia”.

“Así que hubieras pasado de mi cara de no ser por enterarte de mis desgracias”.

“Hubiera pasado y paso, y ahora me largo que este vagón apesta”.

Estaba eufórico por haber podido explicarle a mi antiguo ex-amigo que con su mala acción no se había salido de rositas, el resto del vagón estaba vacío excepto un compartimento en el que conversaban tres personas, dos gordos sebosos y una vieja con aspecto de bruja, hubiera pasado de largo de no ser porque al llegar a su altura una voz dijo: “Mira, este es el señor con el que hicimos el negocio del piso”.

Nunca los hubiera reconocido, pero como en mi vida solo he realizado un negocio en el que intervenga un piso, con el que perdí hasta la camisa porque al venderlo la mala puta de la compradora me dejó de pagar alguna letra de las que me había firmado y la inmobiliaria Froman se quedó ricamente con todos los intereses de las letras firmadas por mí, que yo había pagado por adelantado supe perfectamente quienes eran y les solté a bocajarro: “Que maravilla, reunión de hijos de puta estafadores”.

“El más gordo de los dos se puso más colorado de lo que estaba mientras decía: “Oiga sin faltar”.

“Si le llamo gordo, no le insulto, porque es usted gordo, de la misma manera si les llamo a todos hijos de puta estafadores no les insulto, porque eso es exactamente lo que son, y me apuesto cualquier cosa a que después de aquel hecho las cosas se les torcieron y no han vuelto a levantar cabeza”.

“¿Y usted que sabe?, y aunque así fuera... ¿Que tendría que ver eso con usted, o es que se cree Dios?”.

“Dios no, pero a la larga he descubierto que tengo capacidad para echar mal de ojo, nadie se me escapa y por su forma de hablar ya se que he dado en el clavo, osea que ya saben de parte de quien les han venido sus males”.

Diciendo eso me marché dejándoles con la palabra en la boca, atravesé la última puerta de conexión entre vagones y me senté a reflexionar sobre lo sucedió.

Que en un mismo tren, vacío de otros pasajeros, se hubieran reunido aquellas personas que me habían puteado en mi juventud, era una casualidad comparable a que en una misma semana me tocara el primer premio de la lotería, el euromillón y la primitiva, prácticamente imposible, pero a excepción de los dos primeros, los otros no tenían relación alguna entre sí, por lo tanto no podían haberse puesto de acuerdo.

Sumido en estas reflexiones me quedé profundamente dormido hasta que la amable voz del revisor me despertó diciéndome: “Estamos en la Estación Central, ¿No se va a pasar de parada?”.

Me levanté de un salto y dí las gracias ya que efectivamente debía bajarme allí, cuando salí a la calle comenzaba a clarear y mientras caminaba no podía quitarme de la cabeza lo sucedido, evidentemente tenía que ser un sueño, pero si lo era... ¿Cuando

había subido al tren realmente?, ¿O me había subido quedándome inmediatamente dormido y soñando el resto?.

Pero la idea era muy retorcida, ya que al ser un tren corto con toda seguridad lo había tomado por atrás ya que lo estaba esperando en el punto habitual, sin embargo me había despertado en la parte delantera sin recordar haber atravesado los tres vagones, es decir recordándolo pero con aquellos encuentros imposibles.

¿En que momento sueño y realidad se habían solapado y mezclado?.

Decidí que al día siguiente consultaría a mi bruja de confianza, el apelativo de bruja se lo daba yo cariñosamente, pero sólo para mí mismo, en realidad era una curandera y vidente que me había demostrado con creces que tenía capacidad para ver más allá de nuestra realidad temporal.

A pesar de conocerla hace tiempo y del aprecio que le tenía, siempre me impresionaba un poco entrar en su sala de consulta completamente cargada de imágenes religiosas, a pesar de que ella me había comentado que eran sólo regalos de la gente que no podía despreciar, también me impresionaban sus ojos, ya que a pesar de su bondad sabía que taladraban mi alma.

Después de los saludos de rigor, pasé a contarle la historia, notando como sonreía cada vez más a medida que avanzaba el relato, al acabar me dijo con su habitual franqueza: ¿Tu con que piensas, con los pies?.”.

“¿Por que me lo dices?”.

“A poco que calcules te darás cuenta que el Señor Serrante que viste ayer tiene que haber cumplido por lo menos cien años, ¿Tu crees que un hombre de su edad puede viajar sólo en el tren?”.

“Ahora que lo dices si que es raro”.

“Y el fumador compulsivo ¿Puede haber durado cuarenta y tantos años más desde que no le ves?”.

“A menos que poco después de marchar yo se reformara...”.

“Esa gente no se reforma, igual que los gordos sebosos, ¿Crees que pueden haber sobrevivido cuarenta años?”.

“Entonces quieres decir que...”

“Que cuando entraste el tren estaba vacío, a esas horas nadie lo había tomado en las dos paradas anteriores, lo cual te permitió contemplar lo que nunca antes habías visto, los espíritus de los muertos encadenados a ese tren”.

“Y que hacen precisamente allí encadenados, ¿quien los ha puesto?”.

“Lo que hacen es viajar eternamente y el porque me lo tendrás que explicar tú”.

“No me jodas que he sido yo quien los ha metido en eso”.

“Pues si señor, supongo que ya debes haberte dado cuenta que, de la misma forma en que yo tengo la capacidad de hacer el bien tú la tienes de causar daño, eres el reverso de mi moneda”.

“La verdad es que me he fijado en que todo aquel que me putea acaba jodido, una vez puede ser casualidad, pero que suceda siempre por simple coincidencia es una posibilidad entre miles de millones”.

“Pues no es casual y suerte que eres buena persona y sólo usas ese poder contra gente de baja estofa que te hayan causado mal a tí personalmente, tu poder en otras manos sería una verdadera plaga”.

“Me hace gracia pensar que podría alquilarme como vudusero, tanto farsante que hay y en mi caso sería cierto, ya me imagino el anuncio: El vudusero Arturo, a tus enemigos jodo el futuro”.

“Te acabaría perjudicando a tí, una cosa es maldecir a gente que te ha hecho daño y se lo merece y otra hacerlo por dinero”.

“¿Pero volviendo a lo del tren...?”.

“Cuando esa gente falleció no les permitiste marchar en paz para volverse a reencarnar y cumplir su karma, cada día se ven obligados a tomar el tren contigo y continuar el viaje sin parar cuando tu te apeas, hasta el día siguiente, ellos te ven cada día y saben porque están allí, pero tu no los ves”.

“¿Hasta cuando seguirán así?”.

“Hasta que decidas perdonarlos”.

“Bueno... Lo pensaré. Pero tengo una duda, más adelante a lo largo de mi vida han aparecido cabrones tan malos como esos o más, y sin embargo no estaban en el tren”.

“Lógicamente, porque aun no han fallecido, pero tienen un billete reservado”.

Al día siguiente cuando tomé el tren de las ocho de la mañana todo era completamente distinto, el sol naciente brillaba, se escuchaban los trinos de los pájaros y las flores exhibían sus colores primaverales, miré los asientos vacíos a uno y otro lado, sabía que estaban allí, aunque yo no los viera y pensé: “Hoy sería un buen día para perdonar”.

Pero de inmediato apareció en mi cara una sonrisa maliciosa y pensé: “¿Y porque debería perdonaros cabrones, acaso habéis hecho algo para merecerlo?, además para que no os sintáis solos pronto mandaré con vosotros a otros amiguitos”.

Y con ese pensamiento seguí tratando de imaginar la cara que habrían puesto, primero expectante y luego de tristeza y desengaño, tuve que procurar que no se me escapara la risa.

FIN...